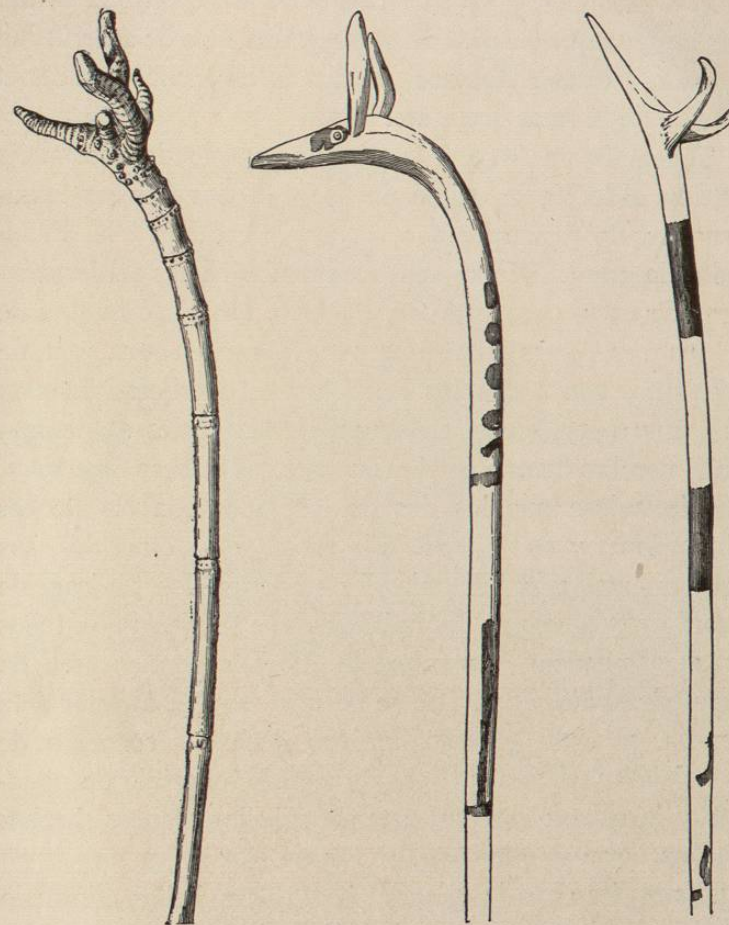


de una deidad particular. De todas las que hay á orillas del río, llevan agua los huicholes á sus casas ó templos para rociarse la cabeza en las fiestas, y siempre que la recogen, dejan en pago algunas saetas, jícaras votivas, alimentos y equipales.

La cueva más santa de todas, porque contiene la fuente de la Madre de los Dioses y de la Vegetación, no se halla lejos del punto por donde entramos en el valle. Es una espaciosa caverna como de cuarenta varas de anchura por quince de fondo, por donde pasa la corriente. Álzase el costado derecho y la pared posterior formando ángulo agudo, y basta remontar unas diez varas la fuente sagrada para encontrar un pequeño depósito del agua maravillosa con que todos los adultos de ambos sexos se han de lavar una vez al año durante la estación seca, lo que deben hacer, aunque estén lejos trabajando con los mexicanos, ya sea acudiendo al propio sitio ó con agua sacada de allí.

Me informaron mis compañeros que en otro tiempo había sobre la fuente una roca hueca de forma rara, considerada por el pueblo como el jarro en que la diosa ofrecía agua á los huicholes. Hoy ya no queda más que la base, porque el sacerdote que visitó una vez dicha cueva, que es la más accesible, destruyó el jarro creyendo acabar de esa manera con la creencia de los idólatras. Rompió igualmente algunos ídolos de piedra que estaban arriba de la fuente, los que han sido reemplazados con otros, puestos en sitio más seguro. Tanto se hizo odiar el sacerdote con su celo exagerado, que tuvo que huír para conservar su vida. "Seguramente, me decían los indios, alguna desgracia tiene que haberle sucedido por sus sacrilegios." Después había ido otro sacerdote que no intervenía, al parecer, en las antiguas costumbres de los naturales, convencido quizás de que nunca se puede convertir á un pagano con medidas violentas.

Junto al borde superior de la fuente sagrada había esparcidos cabellos arrancados de la cabeza de muchos niños. Llamaba más la atención un hacinamiento de otates, depositados en sitio más alto, en solicitud de larga



Bastones simbólicos de la Madre de los Dioses.

vida. Son unas varas de bambú que se dejan con las prolongaciones de la raíz, las que dan idea, sin gran esfuerzo de imaginación, de las orejas y hocico de un animal cuyo cuerpo queda representado por el resto de la caña. Era

fácil entender que estas varas, cuya sugestiva apariencia se aumenta frecuentemente por medio de incisiones, adornos y pinturas, son representaciones de serpientes. La Madre Nacahue, la mujer más vieja del mundo, necesita apoyarse en tales bastones, y los hacen de otate por creerlo la planta más antigua que existe. Hay, pues, una idea de antigüedad asociada á estas cañas que, en último caso, vienen á ser el símbolo de la diosa serpiente.

Trepando un poco más, vi una especie de escondrijo próximo al techo, de donde me bajaron dos fetiches toscamente esculpidos en madera, que representaban á la divinidad de la gruta. No consintieron los huicholes en desprenderse de ellos, pero más tarde obtuve autorización de uno de sus sacerdotes para que me fabricasen una estatua semejante, con todos los atributos de la diosa, incluso las varas ó serpientes, cada una de las cuales se designa con el nombre de una culebra, y tiene sus marcas especiales, considerándose que las dos de los lados son las flechas septentrional y meridional de la diosa, y las otras dos, sus arcos oriental y occidental. Le pusieron dos túnicas, de acuerdo con el uso de las huicholas que se visten con todas las que pueden (generalmente dos) superpuestas. La túnica de abajo, de la que se ve una esquina inferior á la derecha, muestra el más antiguo dechado conocido de los huicholes, el de las tripas de venado en tejido de panalillo, y la cabeza está cubierta de cabellos blancos, hechos con fina borra de pitahaya.

Á sus pies tiene la diosa su jícara para beber, adornada interiormente con muchos simbólicos dibujos que expresan las diversas súplicas que se le dirigen. Dentro de la vasija hay un copo de algodón, símbolo de las nubes que, con las lluvias, dan salud y vida. Á sus lados están sus camas, la del norte á la izquierda y la del sur á la derecha. Representa la primera al bambú, y expresa una súplica para tener buena suerte en la fabricación de asientos de

caña; la segunda representa la humedad, las nubes, etc., etc., y hace las veces de una petición de lluvia.

La habitación favorita de la diosa está en las profundidades de la tierra, y brotan de su regazo los árboles, arbustos y plantas que proporcionan á los huicholes sus principales alimentos. Por lo mismo tiene el ídolo pintados



La Madre de los Dioses. Altura aproximada, 38 cm.

el cuerpo y la cara con manchas negras, rojas y amarillas que simbolizan el maíz de los mismos colores. En la cara tiene figurada una planta de frijol, por medio de una línea curva irregular de que parten otras cortas laterales.

El marido de esta diosa es el armadillo, animal que posee la conocida habilidad de abrirse madrigueras bajo tierra, perdiéndose de vista al menor peligro. El pécarí de rugosa cara y el oso le pertenecen igualmente.

Los buscadores de jículi ó peyoteros, excitados por los efectos de la planta, avanzaban rápidamente, pero

siempre en una sola fila y conservando sus respectivos lugares. Por mi parte me esforzaba en seguirlos en su febril marcha, conforme se precipitaban al són que producían, golpeándose como sonajas, los calabazos de tabaco que profusamente les colgaban de los hombros.

Tras una hora de caminar de ese modo siguiendo el costado derecho de la profunda quiebra, llegamos al lugar donde había nacido y habitado por primera vez el dios del Fuego, esto es, á una caverna poco profunda, llamada



El Armadillo, marido de la Madre de los Dioses llevado por el gracioso en algunas fiestas.

Jainótega, que significa "lugar del jaino," pajarrillo de la costa que tenía el padre Fuego cuando residía en aquel punto. En el centro de la cueva hay una gran masa de toba volcánica, que se supone ser nada menos el mismo dios cuando era niño. Cerca de muro de la cueva, á poca distancia de esta piedra, me mostraron el punto donde actualmente nace brotando en forma de una chispa. Evidentemente se ha desarrollado allí alguna fuerza volcánica, según lo revelan las grietas profundas y oscuras de la roca. Al oriente y muy cerca había ruinas de antiguas casas de piedra.

Lo que más llamaba la atención era un diminuto templo, muy nuevo al parecer. Dijéronme que habiéndose visto amenazada la región, hacía algunos años, por una gran

sequía, evitaron los huicholes el mal, construyendo aquel pequeño templo y depositando en él una nueva imagen de la diosa. La construcción reproduce en miniatura el templo ordinario con excepción de tener la entrada al poniente y no al oriente. El tosco idolillo se apoya en un disco de lava como lo haría un guerrero sobre su escudo. El disco tiene como un pie de diámetro y está á nivel del suelo. Habiendo pedido que me dejaran ver lo que había debajo, levantaron de buena voluntad la estatua, colocándola sobre uno de los tres equipales que había atrás, removieron el disco y descubrieron una abertura circular como de dos pies de profundidad que se ensanchaba hacia el fondo, en donde había otra imagen del mismo ídolo sobre un equipalito. Tenía sólo ocho pulgadas de altura, y, como la de arriba, era de ceniza volcánica solidificada. Frente á ella habían sido colocadas algunas flechas ceremoniales con aditamentos simbólicos, una jícara votiva y un pequeño disco de lava en que se depositaban las ofrendas de comida para el dios, tales como granos de maíz, pan, chocolate, tesguino, etc. La figura es antigua y más sagrada para los huicholes que la mayor, porque la materia volcánica representa al dios de un modo más directo y poderoso. El dios de afuera habla con el sol durante el día, mientras que el de abajo le habla por la noche, cuando el sol anda viajando por debajo de la tierra. Permanecimos un rato en la fría mansión de la deidad, y consintieron los indios en sacar el ídolo y sus asientos para que yo los fotografiara.

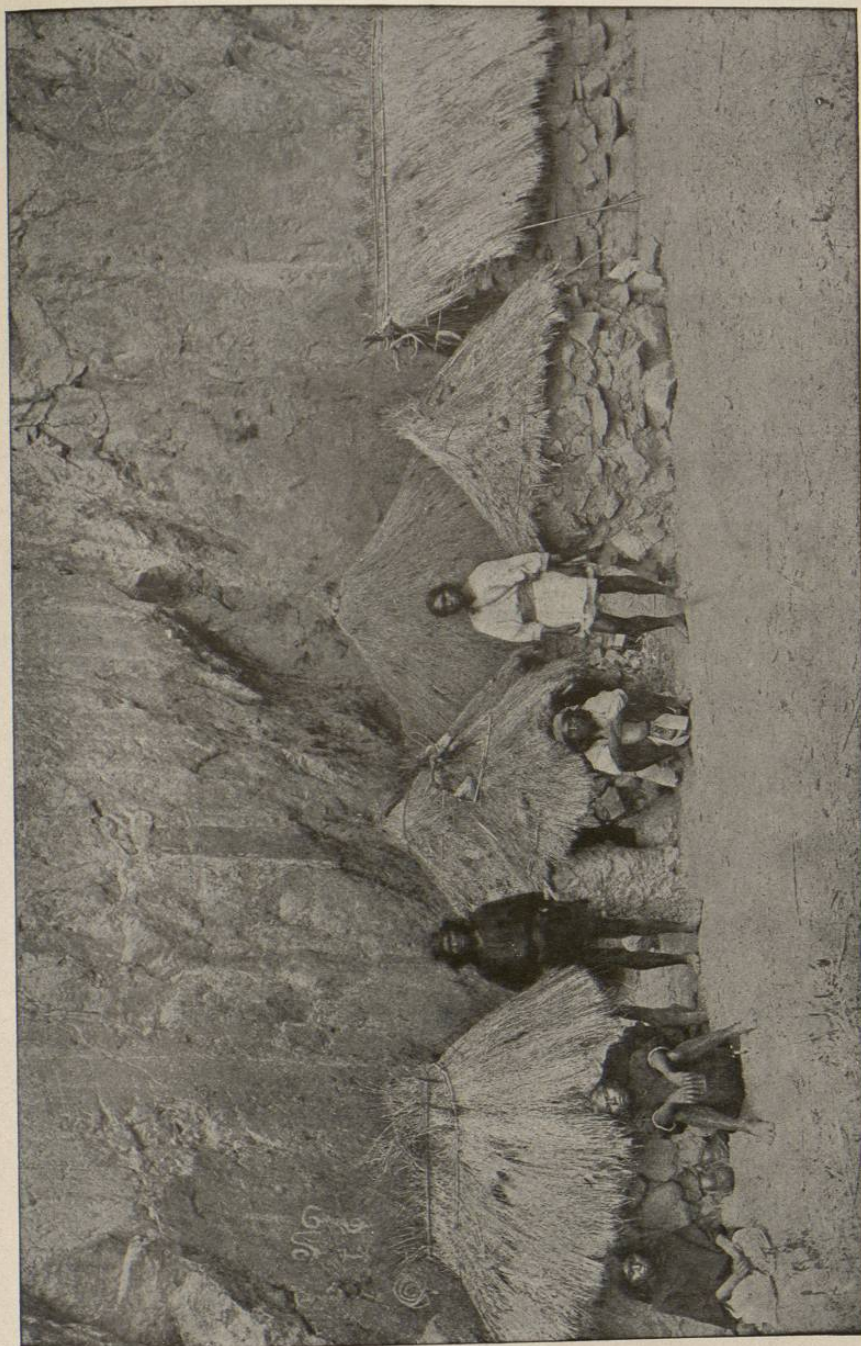
A fin de llegar al próximo sitio sagrado, tuvimos que desandar buena parte del camino y bajar como un millar de pies dentro del angosto barranco. Al cabo de tres cuartos de hora de rápida marcha, nos vimos en un espacio de terreno parejo al pie de una roca arcillosa como de cincuenta metros de alta y ligeramente inclinada hacia adelante. Tendría escasamente el espacio unas diez yardas cuadradas, y hallábase como á treinta sobre el río. Había

allí un pequeño templo y siete casas de dioses que hacían el efecto de un pueblecillo. El templo, que se puede ver en el fondo del grabado, tiene en importancia todo lo que le falta en tamaño, porque está dedicado al Dios del Fuego, quien había ido á establecerse en aquel punto después de emprender dilatados viajes y fundar el templo de Santa Catarina.

El nombre Te-acata de esa localidad, la más sagrada de toda la región de los huicholes, se deriva de la cavidad (*te-aca*) que hay debajo del pequeño templo. La palabra *te-aca* designa el agujero en que se encierra la carne de venado y el quiote para cocerlos entre piedras calientes. El nombre, por tanto, significa "lugar donde está el *te-aca* por excelencia" y permite entrever la idea original encarnada en el principal dios de los huicholes: el que prepara á la tribu su comida favorita, que sin duda era en la antigüedad el alimento de que especialmente subsistían.

Sin cuidarme de las casas de los dioses, me encaminé directamente al pequeño templo situado al oriente junto á la roca, y cuyo oscuro color rojo, así como el intenso calor que reflejaba sugerían vivamente la presencia de Su Ígnea Majestad. Aunque quizás algo más grande que las otras casas, tan bajo es el templo que necesité inclinarme para entrar. El fresco techo de paja que lo cubría me alivió del bochornoso calor de afuera.

En medio del cuarto, algo más cerca de la entrada que del fondo y mirando á la puerta, estaba el ídolo, hecho de ceniza volcánica solidificada. Alcanzaba más de doce pulgadas de altura; tenía los brazos y piernas sólo rudimentariamente indicados, pero la cabeza algo mejor ejecutada, bien que, por falta de habilidad del artista, vuelta ligeramente hacia arriba, postura que daba al idolillo una expresión bastante curiosa. Á su derecha tenía dos guajes para tabaco colgándole del hombro izquierdo, lo que lo caracterizaba como sacerdote; y enfrente, sobre el disco



Te-acata, la más sagrada localidad huichola.

de lava que lo sostenía, algunos jículis frescos. La labor artística no aventajaba en nada á la que empleó, para labrarme con su machete una imagen del mismo dios, un huichol que gozaba de cierto prestigio como escultor. El ídolo estaba muy sucio y manchado de sangre, pero por el lado derecho tenía un agujero que mostraba el color natural de la piedra, contrastando mucho con la terrosa apariencia del resto de la figura. Dicho agujero proviene de que piensan los indios que adquieren la facultad de curar y el conocimiento de cosas misteriosas comiéndose un poco del sagrado cuerpo del dios, de suerte que acabarán con él poco á poco. Los curanderos que acuden á visitar el lugar, después de que depositan diferentes alimentos, jículis ó, lo que es mejor, una jícara votiva, arrancan con las uñas partículas del ídolo para comérselas. Exige esto que después no tomen sal ni se acerquen á sus esposas durante cinco meses. Aun de mujeres mismas se sabe que han obtenido sabiduría y fuerza curativa del modo expresado, pero es necesario que cada visitante vaya solo.

“¿Qué piensa usted de éste?” me preguntaban con orgullo los indios. “Seguramente vino aquí, por su propia voluntad, hace mucho, muchísimo tiempo.” Tal sucede siempre. Todos saben que los ídolos son fabricados por algún individuo de la tribu, á encargo de algún astrólogo ó guardián del templo. Antes de que la imagen llegue á adorarse, hay que celebrar su estreno, por decirlo así, como pasa, más ó menos, con los santos de los católicos que nada significan mientras no han sido bendecidos; pero cuando, en el trascurso de varias generaciones, se pierde el recuerdo de “su nacimiento,” el misterioso “hace mucho tiempo” induce al pueblo á creer que el ídolo no ha sido fabricado nunca, sino que se creó á sí mismo.

Notando que el disco que sustentaba al dios sonaba á hueco, manifesté deseos de ver lo que tapaba, pero tan seria fue la oposición de mis acompañantes, que no insistí.